

descuidar su vigilancia sobre el mismo. Alejandro VI se mostró tolerante con la comunidad judía establecida en Roma y acogió al contingente sefardí expulsado de la Península Ibérica, pero cerró la posibilidad de apelación a Roma de las sentencias del Tribunal.

En el apartado de «conclusiones» el autor, siguiendo el orden de los principales temas abordados, sintetiza su estudio con referencias más o menos explícitas a las aportaciones logradas. Sigue un extenso aparato de fuentes y bibliográfico, y un útil apéndice gráfico que facilita la comprensión de algunos de los puntos tratados. Estamos, en fin, ante un sólido y riguroso trabajo, donde se agradece el amplio espacio dedicado a muchas instituciones jurídicas. La seriedad y meticulosidad del estudio no ha impedido la amenidad y agilidad de la exposición. Sin duda, una obra de referencia para profundizar, desde una perspectiva polifacética tal vez no lograda hasta ahora, en las relaciones que los Reyes Católicos mantuvieron con el Pontificado de Alejandro VI.

JOAQUÍN SEDANO

Garuti, Adriano, *Libertà religiosa ed ecumenismo. La questione del «territorio canonico» in Russia*, Cantagalli, Siena 2005, 209 pp.

Desde la celebración del Concilio Vaticano II se han dado avances importantes en las relaciones ecuménicas con las Iglesias orientales no católicas. Ese proceso ha sido confirmado desde el punto de vista doctrinal por un reconocimiento de las comunidades ortodoxas como verdaderas Iglesias. Como han confirmado en los últimos años la carta

Communio notio (1992) y la declaración *Dominus Iesus* (2000), ambas de la Congregación para la Doctrina de la Fe, los Patriarcados orientales de la ortodoxia forman verdaderas Iglesias particulares y no simples «comunidades eclesiales». Este reconocimiento se basa en los bienes de los que los orientales son depositarios junto con los católicos; de manera muy señalada, la plenitud de los sacramentos y la sucesión apostólica.

Sin embargo este proceso ecuménico se ha visto congelado en los últimos años por lo que se refiere a las relaciones con el Patriarcado de Moscú. Desde la caída del muro de Berlín en 1989 y la recuperación de las condiciones para una verdadera libertad religiosa, la Iglesia católica se ha planteado la asistencia de los católicos que viven en los territorios de la antigua Unión Soviética. Con ese motivo, entre 1991 y 1999 la Santa Sede erigió cuatro administraciones apostólicas para los católicos de Rusia, organización que fue sustituida por una provincia eclesiástica erigida el 11.II.2002 y compuesta por las antiguas administraciones, ahora elevadas al rango de diócesis. El hecho de que por delicadeza ecuménica Roma haya querido que el título del nuevo arzobispo metropolitano sea el de arzobispo [de la Iglesia] de la Madre de Dios en Moscú y no simplemente arzobispo de Moscú, no ha sido suficiente para evitar una fuerte reacción de los ortodoxos. En efecto, los ortodoxos acusan a la Sede apostólica de haber invadido su territorio canónico, el territorio propio del patriarcado, que ellos juzgan exclusivo. A su juicio, con esa medida la Sede romana considera unilateralmente a Rusia país de misión, como si allí no existiera ya el cristianismo sostenido por una verdadera Iglesia, y lo que busca en rea-

lidad es promover un proselitismo ilícito, en contradicción con las tradiciones de la Iglesia rusa. Según este planteamiento se trataría de una intervención ilícita en el territorio tradicional de otra Iglesia. Estas acusaciones han llevado consigo la suspensión de las relaciones oficiales entre Moscú y Roma y han comportado también discriminaciones en contra de los católicos rusos, apoyadas por el poder civil de la Federación Rusa, que no es necesario detallar ahora.

Naturalmente esta argumentación ha sido contestada por la parte católica, que insiste en que busca solamente normalizar la organización jerárquica en Rusia después de los largos años del comunismo ateo, con el fin de que los algo más del millón de católicos que viven en Rusia sean convenientemente atendidos en sus necesidades espirituales; de este modo, no se busca competir ni invadir el territorio de los ortodoxos, sino satisfacer las necesidades religiosas de los propios fieles, en aplicación también del derecho de libertad religiosa de las confesiones y de los individuos.

Esta problemática, junto con los demás argumentos y consecuencias, es la que viene tratada en el libro de Adriano Garuti. El autor trabajó durante muchos años en la Congregación para la Doctrina de la Fe y fue profesor de eclesiología y ecumenismo en el Ateneo Pontificio *Antonianum*; actualmente es también profesor de la Universidad Pontificia Lateranense. Entre sus libros destacaría el publicado en 1990 con el título *Il Papa Patriarca d'Occidente?*, muy citado en estos años, así como otros dedicados específicamente al ecumenismo.

A lo largo de los cuatro capítulos del libro el autor trata del contexto históri-

co del cristianismo en Rusia y otros países de la antigua Unión Soviética; del significado del concepto de «territorio canónico», empleado por los ortodoxos; de las grandes cuestiones doctrinales sobre los conceptos de «Iglesias hermanas», proselitismo, misión-evangelización, conversión. El último capítulo está dedicado a las cuestiones ecuménicas implicadas.

La presencia del cristianismo en Rusia, como se recuerda en el capítulo histórico, no estuvo reservada ni en su origen ni en su desarrollo a los orientales no católicos. Bizantinos y latinos participaron en la primera evangelización del pueblo ruso. El origen del Patriarcado de Moscú está fijado en el siglo XVI, pero ya antes consta la presencia de católicos en la historia de la evangelización de la Rus' de Kiev (de hecho en 1988 la Iglesia católica celebró el milenario del bautismo del príncipe Vladimir) y la existencia de estructuras diocesanas en el sur de Rusia. Desde el Patriarcado de Moscú existe la tendencia a presentar a los católicos como advenedizos a un territorio exclusivamente ortodoxo. No es cuestión de rebatir la influencia de la tradición ortodoxa en la historia, la cultura y la espiritualidad del pueblo ruso, pero esa realidad no puede comportar la consideración de Rusia como territorio exclusivo de los ortodoxos ni de la Iglesia católica como una confesión extranjera, extraña a la tradición rusa.

Las polémicas recientes con motivo del establecimiento de la jerarquía católica en Rusia implican cuestiones históricas, canónicas, eclesiológicas y también antropológicas. La cuestión del territorio canónico tiene su importancia y su interés. El concepto de territorio canónico no existe propiamente en la Igle-

sia latina y no es estricto entre los católicos orientales. En efecto, la Iglesia católica organiza predominantemente el ejercicio de su misión docente, de culto y de gobierno mediante el establecimiento de diócesis y parroquias territoriales (patriarcados, eparquías y parroquias entre los orientales), pero admitiendo al mismo tiempo el posible establecimiento de circunscripciones no basadas en el territorio, porque este elemento sirve para delimitar la potestad de los obispos y adscribir ordenadamente los fieles a sus pastores, pero no constituye un elemento definitorio de la Iglesia particular ni de las entidades equiparadas con clero y pueblo. Esta convivencia de la territorialidad y la personalidad en la Iglesia católica es reconocida por el Concilio Vaticano II y por la legislación vigente, tanto latina como oriental.

En cambio, la organización de las Iglesias ortodoxas no conoce esta flexibilidad. Ellas se configuran como Iglesias integradas en patriarcados independientes entre sí (sin perjuicio de las relaciones espirituales de comunión dentro de la ortodoxia), según el esquema de la autocefalia, que a su vez es consecuencia de la concepción de las relaciones entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares. Al desconocer la existencia del primado jurisdiccional de la Iglesia de Roma y ser profundamente tradicional, el modelo organizativo de la ortodoxia no puede dejar de ser territorial. Cada patriarcado tiene su propio y exclusivo territorio, que normalmente ha venido a coincidir con los límites de un Estado-nación (La Iglesia rusa, la serbia, la griega). No hay que olvidar, de todas formas, que este modelo institucional de la ortodoxia no ha dejado de plantear moderadamente importantes tensiones, con el

establecimiento de jerarquías paralelas en los mismos territorios a raíz de la diáspora migratoria del siglo XIX a USA y otros países occidentales, en perjuicio del principio de un solo obispo por ciudad, celosamente invocado por los ortodoxos en sus territorios tradicionales. De este modo habría que plantearse si la concepción tradicional de la territorialidad por parte de los ortodoxos es puramente sostenible en las circunstancias actuales de interdependencia social y nacional. En todo caso, pienso que es importante considerar (también a la vista de la fascinación que ejerce este modelo territorial ortodoxo sobre alguna eclesiología de la comunión de las Iglesias locales elaborada en ambientes católicos) que el modelo territorial de la ortodoxia responde a su limitada concepción de la universalidad de la Iglesia.

A la vista de este planteamiento tan estricto de la territorialidad se comprende en parte la desconfianza del patriarcado de Moscú hacia el establecimiento de jerarquía católica en un territorio que juzga propio y exclusivo. El problema se hace mayor si se consideran sus ribetes nacionalistas. En efecto, en frecuentes presentaciones la condición de ruso y ortodoxo van de la mano. El libro de Garuti no deja de ofrecer impresionantes testimonios políticos y nacionalistas por parte de cualificados representantes de la Iglesia ortodoxa, que vienen a avalar una religión de base étnica y territorial. Es como si por nacer en Rusia uno ya debiera ser ortodoxo, al estar inserto en una tradición religiosa específica: una especie de aplicación contemporánea del *cuius regio eius et religio*. Falta aquí, de todas formas, coherencia y reciprocidad, pues también la Iglesia ortodoxa rusa ha establecido su propia jerarquía en terri-

torios occidentales, en Viena, Bruselas y Berlín, sin aplicar las condiciones que ella exige a la Iglesia católica en Rusia.

En todo este contexto hay evidentemente también una cuestión básica relativa a la libertad religiosa. Seguramente la Iglesia ortodoxa rusa tenga una concepción mayoritaria de la libertad religiosa bastante lejana de la que con tanta oración, estudio y dificultades prácticas, la Iglesia católica ha podido alcanzar, a partir sobre todo del Concilio Vaticano II. Sólo así puede entenderse la confusión que traslucen algunas acusaciones entre recta evangelización e injusto proselitismo: como si cualquiera confesión religiosa no tuviera derecho a desarrollar pacíficamente su misión entre los hombres, respetando el orden justo establecido por el poder civil y la dignidad de la persona.

Es verdad que hay aquí una cuestión delicada. Al ser la Iglesia ortodoxa rusa una verdadera Iglesia particular (si bien, sin la plenitud de la comunión católica), ella es para sus fieles verdadero sacramento de salvación. Es por eso que primaria y directamente la actividad pastoral de la Iglesia católica en Rusia tiene por directos beneficiarios a los católicos y no a los ortodoxos. El planteamiento de una misión dirigida a los ortodoxos como si no fueran cristianos estaría fuera de lugar. Con todo, si eso resulta claro a nivel institucional y de planteamiento de la pastoral, hay otro nivel que es el de las relaciones personales entre católicos y ortodoxos. Si como consecuencia de esas naturales relaciones de convivencia un ortodoxo quisiera libremente ser recibido en la Iglesia católica y estuviera bien preparado, esa petición no debería ser denegada. Es necesario distinguir el plano institucional de diá-

logo y relación entre las confesiones cristianas y el plano de la conciencia individual, que exige pleno respeto, por encima de cualquier consideración de «política» eclesiástica.

En fin, el libro de Garuti trata éstas y otras cuestiones con gran claridad y buen criterio, apoyándose en diversos testimonios de católicos y ortodoxos que ayudan a comprender el alcance de la problemática de la presencia católica en Rusia. Las páginas finales del libro están dedicadas a las condiciones para un renovado acercamiento ecuménico que mejore la situación actual, acercamiento que no debería llevar consigo la renuncia a la libertad religiosa ni el condicionamiento de la actividad misionera que es consustancial al catolicismo.

ANTONIO VIANA

Palomino Lozano, Rafael, *Religión y Derecho Comparado*, Prólogo de Rinaldo Bertolino, Iustel, Madrid 2007, 417 pp.

Al hilo de los problemas originados por la inscripción de grupos en el Registro de Entidades Religiosas, no ha sido infrecuente que, tanto la doctrina iuseclesiástica española como el propio Registro, se haya planteado cuál es el concepto de religión que subyace y precede a cualquier otro planteamiento en el Derecho español. La gran sorpresa que encontrará el lector que conozca este hecho, consiste en descubrir —a través de este trabajo— que todos o casi todos los Derechos de nuestro entorno cultural se plantean un interrogante semejante. Pero lo que hasta ahora había sido en muchos casos más bien un análisis descriptivo de la situación, o una respuesta negativa acerca de la viabilidad de que el Derecho se pre-